



Canto jo i la muntanya balla es un libro único. Para los que ya estaban en el ajo, una confirmación de talento narrativo, estudio, composición y fuerza lírica. *Canto jo i la muntanya balla* es un libro pasado por el arte conceptual y la narratología, que obedece a un plan, escrito con un procedimiento. Irene Solà se preocupa por los problemas de la verdad y la ficción, la historia y la vida. En el campo del arte contemporáneo y de la narratología todo son problemas que hay que abordar: *Problemas de la poética de Dostoievski* se titulaba un famoso libro de Mijaíl Bajtín, de 1965. Hay una parte de exploración y ejercicio. Pero no está compuesta, como pasa con otros experimentos, con letra muerta. Las historias y la manera de explicarlas te lleguen.

Por ejemplo, en el primero de los cinco apartados que componen el libro, que plantea la historia. Son cuatro fragmentos superpuestos, cuatro historias, con cuatro narradores. El primero que encuentra el lector al entrar es la narración de una tempestad, explicada por las nubes. La literatura está llena de animales parlanchines. En *Els dics* aparecía una vaca pensadora. El punto de vista de las nubes es una excepcionalidad, inspirada en Aristófanes. Sobrevuelan el escenario donde se desarrolla la acción, crean un juego escenográfico de luces y sombras, persiguen al personaje por el valle y en el momento en que saca la navaja, para cortar un nudo de pelo y piel de un ternero que se ha quedado atrapado en una valla, la navaja llama al rayo que fulmina al tipo. En otro fragmento, son las trompetas de la mort (una seta que no se empezó a recolectar hasta hace cuatro días cuando empezaron a hablar de ella en la tele) las que forman un coro. Y es como uno de aquellos episodios de dibujos de las *Merrie melodies*, en que las cerillas de una caja o la cafetera y las tazas de una cocina bailan, pasado por el *Romancer* de Milà i Fontanals, los cuentos rusos y la tragedia griega.

vida de campo (sus padres tienen una explotación agrícola en Malla), un conocimiento al detalle de las cosas del bosque, de la tierra y de la vida de los pueblos tal como son hoy en día. Esta era la base de *Els dics*, que se movía entre Osona, las Guillerries y el rincón de la Selva donde acaba el Montseny. En *Canto jo i la muntanya balla* ha cambiado el mapa, y desde Camprodon ha subido hasta Molló, ha traspasado la frontera y se ha dejado caer por Prats de Molló, en el Vallespir, donde transcurren tantas historias del exilio y la retirada y donde Joan-Lluís Lluís ambientó una de las mejores novelas catalanas de este siglo, *El dia de l'ós* (2004).

Para los que no leyeron *Els dics*,

Solà mezcla historia, leyenda, realidad, literatura (abundan los juegos intertextuales): todo se transforma en carne y sangre. La entrevisté en verano del 2018, para celebrar la luz progresiva que enviaba *Els dics*. Le comenté una cosa que me había sorprendido, en la segunda lectura para preparar la entrevista: las veces y la naturalidad con que se hablaba de orinar. Una pareja en un coche, en el bosque. La chica abría la puerta, salía y hacía un pipí. En *Canto jo i la muntanya balla* encontramos de nuevo este fundamento fisiológico de la narración, con un detalle formidable. Las bru-

Además de ser escritora, Irene Solà se mueve en el mundo del arte y ha trabajado en la Whitechapel

Es un libro pasado por el arte conceptual y la narratología, que sigue un plan, escrito con un procedimiento

jas rondan por estos montes. Son mujeres campesinas, mujeres libres que viven en una compenetración orgánica, también fisiológica, con las plantas, con las bestias, con el musgo y con las piedras y los pliegos sinclinales (que hablan también en uno de los fragmentos). Cuando las han matado y pretenden ahuyentar su espíritu, los hombres plantan cruces. Las brujas se acercan de noche y orinan en ellas. En el episodio que relata la fiesta del oso de Prats de Molló, que es una filigrana que combina leyenda, historia y relaciones familiares, orinar también tiene su importancia.

Escritores en la montaña

La montaña tiene una presencia constante en la literatura catalana desde la Renaixença. Verdaguer es ciclópeo y lírico, describe un mundo de piedra, con despeñaderos y barrancos, un tapiz de musgo, que es la montaña vista desde la carroza de Flordeneu, las copas de los árboles forman el manto de la Virgen María.

El bosque modernista es una umbría con jabalies, trufas y curas con el alza-cuello cochambroso. En la solana se celebran romerías que acaban a navajazos y colocan la silla para la abuela que sufrió un ataque de apoplejía.

Guerau de Liost tiene una virtud que pocos tienen: cada vez que ves una haya junto a un abeto, y desde una cima, un bosque de hayas con las hojas tiernas y los abetos que se levantan oscuros y enhiestos,

piensas en uno de sus poemas. Marià Manent es el poeta de los pájaros fugitivos. Han bajado a beber al arroyo, ven al hombre que llega por el camino, vestido como un inglés, saltan del ribazo a una rama alta.

Carner retrata un bosque humanizado, un bosquecillo de encinas, junto a un caserío. El retero ata una cuerda a una de las ramas, como tendadero.

Sagarra es el poeta de las plantas silvestres. En Santa Coloma de Gramenet un labrador le dice que aquella hierba se llama *cogula*. Se lo aprende y la hace salir en el camino por donde trota el caballo negro del conde Arnau, en el poema que retrata a una pareja de campesinos cansados el uno del otro y en una estrofa de *La Divina Comedia*.

Para reírse moderadamente del panteísmo de

Maragall, Espriu recuerda una excursión a Sant Cristòfol de Cerdans. Mientras filosofa, el protagonista tropieza y se cae de bruces.

Brossa explica que Pere Gimferrer sube al Montseny en coche, baja la ventanilla, respira hondo, la vuelve a subir. Mientras Foix, en el mismo rodal, ve monstruos y gigantes. Para contarlos, redacta un título tan extenso, todo en mayúsculas, que te dan ganas de cincelarlos en mármol y esperar que lo colonice el verdín.

Mercè Ibarz explica otra excursión, de noche. La montaña a la luz de la luna brilla plateada.

Perejaume toma libros, árboles y autores y construye un belén que parece el palacio de Luis de Baviera. Ahora en este pesebre figura también *Canto jo i la muntanya balla* de Irene Solà.

Mezcla historia, leyenda, literatura (abundan los juegos intertextuales), todo se transforma en carne

'Canto jo i la muntanya balla' tiene luz; forma parte de aquel casino de libros que todos quieren leer

Todos estos fragmentos se tocan y se comunican entre ellos, con aquellas puertas de hierro que desvían las acequias, llegan el agua aquí, luego allá, la hacen pasar por un surco, la mandan a otro, el regante-escritora, con la azada, derriba el murete de tierra, el sembrado se anega y el campo se sazona. *Canto jo i la muntanya balla* tiene luz e ilusión. Ha entrado a formar parte de aquel casino de libros que todos quieren leer, el casino de *Primavera, estiu, etcètera* y *Permagel*. Ya me dirán qué les parece. |

Irene Solà

Canto jo i la muntanya balla

ANAGRAMA. 168 PÁGINAS. 16,90 EUROS. PREMIO LIBRES ANAGRAMA DE NOVELLA